

CAPÍTULO V

DE CUANDO LA TELEVISIÓN ERA UNA COSA MEDIO EXTRAÑA

TESTIMONIOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA
DE LA TELEVISIÓN EN LA ARGENTINA*

Mirta Varela

“Era una cosa medio extraña. Muy novedosa. Muy esperada de años y de años, que no llegaba nunca. Después vino muy de a poco. No se podía comprar, era muy cara. No cualquiera podía tener TV. Así que hubo años que no la tenía la gente. Estaba la televisión y nadie la veía. La íbamos a ver. Por ejemplo, una vez, jugaban Independiente y River y mi tío me llevó a ver a la vidriera de un negocio. Otra vez me pasé la tarde entera en una Unidad Básica donde había TV, con los chicos. Eso cuando surgió. Después, en casa la compraron el 21 de septiembre de 1954. En la cuadra no tenía nadie el aparato. (...) Yo siempre hinchaba que compraran el televisor... que compraran el televisor... Y un día dijeron: ‘Bueno, lo vamos a comprar. Vamos a ver...’. Y un día apareció el televisor. Era la época en que compraron todos los aparatos, porque compraron el televisor, la heladera, que no había ninguna cosa de esas en las casas. Ni gas había. (...) 12 años tenía.”

Las palabras de Roberto condensan varios tópicos de los primeros años de televisión en la Argentina, en un relato que cruza historia y biografía de manera casi ejemplar. La televisión ocupaba un lugar en sus sueños mucho antes de que formara parte de su cotidianidad. Si por un lado tardó en llegar al país cuando se compara

* Una primera versión de este artículo fue publicada en M. Margulis y M. Urresti (comp.), *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural*. Buenos Aires, Oficina de publicaciones del CBC, UBA, 1997.

con otros donde estaba funcionando desde hacía varios años, por otro lado, el momento histórico de las primeras transmisiones –17 de octubre de 1951– significa poco desde el punto de vista de la subjetividad. La televisión estaba ahí, pero nadie la veía.

Quisiera ocuparme aquí de ese momento, casi una década –1951 a 1960 aproximadamente–, un período oscuro de la televisión en la Argentina. Para ello, es necesario imaginar una televisión que aún no alcanza la masividad de la radio y el cine, que no aparece espontáneamente en la memoria; de la que no quedan programas grabados, ya que todo iba en vivo –recién en 1959 se prueba el video tape–, y de la que nadie se ha ocupado hasta el momento.¹ Reconstruir ese período presupone, por la falta de material televisivo, dos vías distintas: o leemos el impacto de la televisión en los medios gráficos o en entrevistas a aquellos que vivieron ese momento.² Algunos trabajos se han ocupado de quienes protagonizaron esa primera televisión, de quienes la produjeron.³ Sin embargo, mi intención aquí no es reconstruir una historia de la televisión, sino pensar el impacto que produjo; cómo era una televisión que aún no formaba parte de la vida cotidiana.⁴

1. La bibliografía existente se ocupa de la televisión a partir de comienzos de los '60. Me refiero a Silvio, 1971; Muraro, 1974; Walger y Ulanovsky, 1974; Santos Hernando, 1977; Sirvén, 1988; Landi, 1992. Santos Hernando es el único que brinda información sobre la programación del período que queremos trabajar. En publicaciones sobre medios que abordan la televisión, ocurre algo similar: Gettino, 1995; Noguera, 1985; Horvath, 1986; Muraro, 1987; Romano, 1993.

2. Este artículo es producto de una investigación financiada por UBACyT (Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires) que se encuentra en curso. En ese marco hemos contemplado el seguimiento de diarios y revistas, fundamentalmente *Antena*, *Radiolandia* y *Canal TV*, desde el momento de su aparición, así como la realización de entrevistas a quienes hicieron aquella televisión.

3. Por ejemplo Mazziotti, 1993 o Horvath, 1979.

4. Hemos trabajado un corpus de 300 entrevistas, de las cuales seleccionamos finalmente 110. Se trataba de entrevistas abiertas de tipo biográfico, que planteaban la relación con los medios de comunicación, realizadas por alumnos de la cátedra de Teoría y práctica de la comunicación II (Ford-Piscitelli) de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, a la generación de sus padres y abuelos. Fueron realizadas en 1989 y 1995 respectivamente. La televisión no era un tema específico, de allí que a veces no apareciera espontáneamente y otras apenas se mencionara. A ello se suman tres entrevistas que yo realizara en mayo-junio de 1996, que sí estuvieron centradas en la relación con la televisión. Agradezco a los alumnos y a los compañeros de la cátedra el haberme facilitado un material sumamente valioso.

Los recuerdos sobre la programación de ese período, son más que escasos. Como señaló Silvio Soldán,⁵ la televisión tuvo dos fundaciones –como Buenos Aires– una en 1951 y otra en 1960, cuando empieza la televisión privada. Los recuerdos de la primera televisión –cuando existen– se refieren a los modos del ver, al uso diferenciado respecto de la etapa posterior, muy raramente a la programación. A pesar de ello, los testimonios recurrentes sobre algunos rasgos específicos de este período, nos permiten puntualizar una serie de cuestiones que presuponen estrategias de incorporación de la televisión. Nos hablan de qué pasos tuvieron que seguir aquellos que vieron televisión por primera vez en la Argentina.

Imágenes de imágenes

Roberto habla de una televisión “muy esperada de años y años, que no llegaba nunca” y que daría cuenta del relativo retraso con que la televisión se instaló en el país. Hablo de retraso relativo ya que la televisión en 1951 llevaba sólo 5 años funcionando regularmente en Estados Unidos.⁶ Sin embargo, el testimonio de Roberto habría que pensarlo en relación con la enorme cantidad de información que había circulado en la Argentina desde el ámbito técnico acerca de la factibilidad de emitir imágenes a distancia, desde la década del '20. La Argentina siguió esa discusión al día e incluso se realizaron experiencias en varias oportunidades. Pero no son muchos los relatos que describen ese lapso en términos de espera. Mercedes recuerda un

5. En *DNI*, programa emitido por ATC en 1996, dedicado especialmente a la Historia de la televisión.

6. Las primeras transmisiones “regulares” de televisión se realizaron en Alemania el 22 de marzo de 1935 por la Oficina Postal Alemana (DRP), pero sólo se transmitían filmes, sin cobertura en vivo y no obtuvo un gran éxito. En cambio, el London Television Service que comienza a transmitir en noviembre de 1936 fue un suceso. En Estados Unidos, la programación comercial comienza en julio de 1941; sin embargo, en diciembre los sucesos de Pearl Harbor, significan un alto en el desarrollo del medio que hasta 1946 no será relanzado. En Europa, la guerra también producirá una pausa similar. Para mayor información ver: Abramson, 1995. En América Latina, México, Brasil y Cuba ya habían comenzado sus transmisiones antes que la Argentina.

"cantito radial que decía 'la televisión pronto llegará, pronto llegará'"⁷. El padre de Mercedes compró el televisor en 1951, ella era una adolescente. Roberto un niño. No parece quedar el mismo recuerdo en personas que eran mayores entonces, o que no tuvieran acceso a la televisión tan tempranamente. La mayoría no recuerda la irrupción de la televisión como algo impactante. "Al menos para mí", dicen varios. Para casi todos, agregaríamos nosotros, ya que siempre aparece la referencia a una radio que siguió siendo más importante, más amada, recordada con más nostalgia y con más cariño.

De cualquier manera, las primeras visiones son descriptas en muchos casos como algo maravilloso: "Cuando tuvimos noticias en el año '50 de la llegada de un invento nuevo, que para nosotros era nuevo pero no para otros países, nos pareció una maravilla porque ya íbamos a poder ver a todos esos personajes, incluso lo que era simplemente una voz se iba a convertir en una persona en la pantalla". El problema es que el deslumbramiento no duraba mucho: "No fue quizás tal como uno lo hubiera pensado y me atrevo a decir que hubo desilusión, no sólo por parte del oyente, que ahora era espectador sino también por el que fue en algún momento artista de radio y que no pudo serlo en la TV" (Irma). "El primer día fue deslumbrante, pero después dependía del programa" (Margarita). El invento era maravilloso. El avance de la técnica que llegaba al país, los rasgos de modernidad. Pero la televisión en tanto espectáculo tardaría bastante en producir el mismo deslumbramiento.

El interior del país exigiría un relato paralelo, ya que la televisión llega aún con más retraso y se comienza a imaginar a través de relatos orales: "un sobrino que cuando viajaba para allá, nos contaba porque él ya tenía televisor. Contaba que era algo muy lindo. Como la radio, pero con una pantalla donde se veía una imagen". Todos los entrevistados del interior vieron televisión por primera vez en Buenos Aires. La televisión en esos relatos se mezcla con el ascenso social –"el sobrino que *ya* tenía televisor"–, la vida urbana y la modernidad.

7. A partir de otros testimonios sabemos que la segunda parte agregaba "La televisión pronto llegará, pronto llegará, yo cantaré, tú me verás".

Pero salvo en la primera entrevista que hemos citado, donde un niño de doce años “hinchaba para que compraran el televisor”, o en algunas donde la adquisición es muy tardía respecto del momento promedio –algunos entrevistados que no tienen televisor hasta comienzos de los ‘70– no parece haber demasiadas expectativas por poseer el televisor propio, mucho menos por una programación que en primera instancia sólo se iba a limitar a reproducir lo que ocurría en otro lado. Se marca el status que iba adherido a la televisión: “Era como la heladera, al principio la tenían sólo la gente de plata” (María). El problema era no *tener* televisión, poco significaba no *verla*.

Prehistoria de los modos del ver

Frente a los temores acerca de la reclusión hogareña que provocaría el nuevo medio, la televisión no fue vista desde la casa sino por una pequeña minoría y aún en esos casos lo que queda en la memoria son las reuniones que convocaba: “Mi papá se compró la televisión cuando salió. (...) Me acuerdo que venían todos los vecinos del edificio. Vivíamos acá en la Avenida Quintana” (Mercedes); “Los sábados se hacía la platea. Los domingos también. Cuando venía el partido, venía toda la cuadra a verlo” (Roberto).

Las imágenes publicitarias hablaban de una televisión para familia tipo, sentada en el living, mirando atentamente. Los testimonios hablan de una recepción muy distinta. La televisión no es algo que obliga a permanecer instalado en el living, sino algo que se va a ver: “Yo tuve en el año ‘57, dos o tres años después que mis padres. (...) Fue una gran novedad y como todos no tenían acceso a tenerla, se reunían en casa de vecinos o familiares que tuvieran TV, como así en bares y en las célebres unidades básicas de la época. Recuerdo los domingos en el bar del barrio, cómo los hombres se reunían a ver los partidos de fútbol, que eran auspiciados por la Cabalgata Gillette y Thompson y Williams”. Los lugares privilegiados eran las vidrieras, sobre todo para los eventos deportivos. Probablemente la imagen incorporara algún plus a la radio en caso del deporte. No era indispensable el sonido, como en otro tipo de programas. Pero también se recuerda ver box y fútbol en clubes sociales. “Iba a ver

los programas de catch al club. Ponían el televisor en el pasillo que daba a la calle y miraban todos en la puerta" (Juan).

Vidrieras, bares, confiterías, clubes, unidades básicas o la casa del vecino, el amigo, el pariente. Sábados y domingos, especialmente. La televisión todavía es un acontecimiento marcado, separado de la rutina. Es un espectáculo regulado, con una programación muy discontinua: horarios reducidos (sólo tarde y noche) y que se va a ver fuera del hogar, se programa la salida, con quién se va a hacer, etc. Es una televisión que se mira y se comenta.⁸ Una entrevista cuenta cómo el televisor estaba en el living, pero lo orientaban hacia la puerta y todos lo veían desde el patio. "Así no manchábamos el piso", aclara. Había pocos televisores, pero cuando había alguno a mano, los "rebusques" para verlo se multiplicaron.⁹

Una mención aparte merecen las unidades básicas, que son mencionadas en muchas entrevistas. Se trata de la planificación de una recepción masiva, de una televisión que, por otra parte, está fuertemente connotada por el peronismo en este primer período. Se recuerdan los discursos televisados, "la señal de canal 7 que era la foto de Perón". La televisión en las unidades básicas presupone una televisión concebida como instrumento de difusión política y pedagógica –aunque allí se vieran también deportes y otros espectáculos– que, por otra parte, es la propuesta oficial de la instalación en la Argentina. "Una televisión estatal al servicio de la cultura y la educación". En los diarios de octubre de 1951 se destaca el hecho de que el Ministerio de Comunicaciones hubiera enviado gratuitamente

8. Para una ampliación de este punto puede verse el Capítulo VII.

9. Este fenómeno no es en absoluto privativo de la televisión en la ciudad de Buenos Aires, y probablemente se haya extendido temporalmente en el interior del país. Respecto de otros países, Bechelloni (1990), por ejemplo, retoma la investigación de Lidia de Rita cuyo trabajo de campo se realiza entre febrero y septiembre de 1959, cinco años después de las primeras transmisiones en Italia. Se trata de una comunidad de campesinos que mira televisión en el único local público que posee un aparato. Bechelloni señala que "Las condiciones de escucha son, de alguna manera excepcionales y ciertamente no de las mejores; estamos muy lejos de las condiciones de 'naturalidad' y de 'cotidianización' que se realizarán veinte o treinta años después de aquel lejano 1959. Se va a ver televisión como se va al cine", p. 61. También William Boddy (1995) señala respecto de los comienzos de la televisión norteamericana: "En los primeros años de la televisión comercial norteamericana, la audiencia de los bares, mayoritariamente masculina, representaba una significativa proporción de espectadores", p. 42. Sobre este punto ver el Capítulo VII.

televisores a las escuelas de la Ciudad de Buenos Aires. Si los televisores llegaron, no apareció en las entrevistas alguna memoria del ver televisión en las escuelas. Del circuito partidario peronista, evidentemente, sí. En todo caso, ya sea en forma más o menos planificada, sean unidades básicas o clubes sociales, resulta interesante pensar esas formas alternativas de ver televisión durante la primera mitad de la década.

El primer televisor

Las narraciones sobre el primer televisor presuponen dos actitudes complementarias. Por un lado están aquellos que incorporan el televisor en el momento en que se produce el boom a comienzos de los '70 –la mayoría– y que generalmente no registran como dato importante la llegada del televisor a la casa. Es un electrodoméstico, seguramente con menos ventajas que la cocina a gas o la heladera. Beatriz Sarlo (1992) señala el disfrute técnico ligado a la construcción de la radio casera. Con la televisión no ocurre lo mismo: los aparatos se compran en cuotas y el placer no podrá ser relacionado con el saber hacer. Sin embargo, veremos que el gusto por la técnica se sigue manteniendo. Hay quienes construyen una narración casi “épica” sobre su adquisición en función de ser los primeros: “En mi casa tuvimos uno de los primeros televisores del barrio. A mi papá le debían una plata, no me acuerdo de qué, yo era chica, y le pagaron con un televisor. Yo vivía en Lanús, nadie tenía televisión. Era bárbaro” (Marcela). “Yo tuve televisión cuando nadie tenía. Mi vieja se ganó un concurso. Se ganó una cocina (nosotros ni teníamos gas), una heladera, un lavarropas, y un televisor. Todo el barrio viendo cómo bajaban las cosas del camión cuando las trajeron. Fue un espectáculo” (Jorge). En ambos casos, se trata de comienzos de los '70. Históricamente no son los primeros televisores, pero se construye una narrativa donde la televisión ocupa un lugar privilegiado. Es interesante que se trata de personas de 37 y 38 años respectivamente al momento de realizar las entrevistas y que por lo tanto eran chicos entonces. La perspectiva generacional siempre será muy importante en función de este tema. En personas de más edad, hay

un solo relato similar. Filomena, 82 años: "Cuando la compraron, yo venía de la casa de mi suegra que estaba enferma y llegué a casa y encontré esperándome en la puerta de calle a la tía Carmen y a Julia, que me dijeron que vaya a la terraza. Fui a ver y no vi nada. En ese momento me pregunté: ¿qué voy a ver en este lugar? Nada. Pero seguí mirando. Y hasta que vi la antena de la televisión que estaba colocada. Casi me mato de tan rápido que bajé las escaleras porque yo creía que ya teníamos el aparato colocado. Pero no lo teníamos, lo traían al otro día. Fue una alegría muy grande". Para Filomena también fue un hecho memorable pero no señala –como Marcela y Jorge– la idea de considerarse el héroe de una historia singular, ese latiguillo que aparece en muchas entrevistas: "En casa tuvimos de los primeros televisores" y que siempre abunda en la particularidad del modo de acceso, llámese concurso, deuda, un viaje a Estados Unidos o un amigo capitán a quien se le encarga.

Entre todos estos modos, sin embargo, hay uno que se destaca y es aquel que forma parte del gusto por "los adelantos". Se trata de aquellos que no disfrutaban el para qué de un nuevo aparato, ni las ventajas que ofrece, sino el aparato mismo.¹⁰ Probablemente no se usen todas sus funciones, pero de ser posible compran el de mejor calidad, y el más sofisticado. Y antes que nadie. Mercedes cuenta que su padre era arquitecto y se compró el primer televisor en 1951, "un Admiral extrachato (risas): era una cosa enorme, pero me acuerdo que decía extrachato, con unas letras doradas."¹¹ Mi mamá decía

10. Murdock, Hartmann y Gray (1994: 152) utilizan la noción de máquina "autorreferencial" al hablar de las primeras computadoras domésticas, en el sentido "de que los placeres que ofrecen derivan no de las aplicaciones particulares sino de la posesión de la tecnología misma y de la resolución de problemas relacionados con su puesta en marcha". También Sarlo (1992: 114), señala respecto de la radio en los años veinte cómo "muchos aficionados, en estos primeros años, tienen una relación en la que el 'saber hacer' potencia el disfrute" y agrega "sintonizar ya era un hecho técnico en las condiciones de recepción de esos años". Es interesante, sin embargo, cómo en el caso de la radio, si bien sintonizar también ofrecía dificultades técnicas, estaba ligado al "saber hacer" como forma de construcción de las radios caseras. En cambio, respecto de las computadoras personales, ese "saber" ha cambiado de signo. Nos interesa aquí cómo ubicar la televisión en relación con este problema: más cercana a la radio como medio, anticipando las nuevas tecnologías en su forma de apropiación.

11. En realidad, ese modelo de televisores se publicitan en la Argentina recién hacia 1958 (puede haberse importado antes o pueden confundirse épocas en el testimonio).

que no le pegaba con nada en el living. Ella nunca quiso llevarlo al cuarto. (...) A mi papá le gustaba tener todos los aparatos que salían. Antes, le compró a mi mamá un lavarropas de esos con rodillos, que rompía toda la ropa. Mi mamá prefería... nosotros teníamos una señora en casa, pero mi papá decía 'si se inventó el lavarropas'... Era terrible. Porque había que sacarle todos los botones a la ropa, si no se rompían. Sacárselos, después cosérselos...". Al padre de Mercedes no le interesaban las "ventajas" del lavarropas, pero si se había inventado no era concebible seguir lavando a mano.. El interés por el televisor va en este mismo sentido. Para la madre, en cambio, se trata de un objeto que no encuentra su lugar. La tecnología no es ni práctica, ni decorativa, desde su punto de vista. No es casual que las revistas de decoración tarden décadas en ofrecer soluciones para los televisores y que casi siempre se trate de cómo ocultarlos o disimularlos.

En el relato de un inmigrante, se ofrece otro punto de vista: "Me gustó porque había figuras que se movían, era un aparato grande, de pie. Me compré el mejor y más grande modelo que había en plaza. Era muy cara y al principio sólo se veía en los negocios o en las confiterías. (...) Fui el primero en comprarme un tocadiscos de alta fidelidad y trataba de tener siempre todos los adelantos. Imaginate si hace pocos años le pedí a mi hija que me diese la computadora vieja que ya no usaba para aprender, pero la memoria falla y tuve que abandonar. Debe ser interesante saber cómo funciona (...) Lo mejor es la radio, incluso para prenderla, porque el botón es grande, no como el del control remoto de la televisión". Para David, como para el padre de Mercedes, lo importante es estar al día con la tecnología. En los dos casos, la adquisición temprana del primer televisor se coloca en relación con la compra o el uso de otros electrodomésticos, no con el hecho de ver televisión. Para David el interés consiste en "saber cómo funciona" y se describe la ergonomía de los aparatos (el botón grande, el botón chico). Esto que seguramente marca a fuego los hábitos cotidianos (una mujer señala que no escuchaba discos porque tardaba mucho en ponerlos y el tocadiscos andaba mal, la televisión en cambio era "más fácil") no siempre es tan consciente. Para David la tecnología en sí misma ofrece posibilidades de disfrute.

Un televisor a comienzos de los '50 valía aproximadamente el doble que una heladera. Sólo el status o el placer de estar al día en la carrera tecnológica –en todos los casos un alto poder adquisitivo– podían justificar su compra. De otra manera no se podía salvar la brecha entre el precio de un televisor y la programación existente. Un solo canal, pocas horas de transmisión y una producción más que precaria difícilmente justificaban la inversión requerida. De allí que los “aparatos” sean tan importantes en ese primer momento. No había mucho más que eso.

“De lo que mejor me acuerdo era de lo mal que se veía. Se veían rayas, rayas y rayas, y todo el mundo seguía mirando las rayas como hipnotizado. No se veía nada, pero nadie despegaba los ojos ni apagaba el televisor. Porque venían mal calibrados, aparte no teníamos antenas. No sé qué tal serían los televisores y las transmisiones. No sé, pero me acuerdo que era desastroso cómo se veía” (Beatriz). Sintonizar era todo un problema. Los aparatos se estropeaban con demasiada facilidad y considerando que en las revistas los ingenieros ponían avisos para arreglar televisores, la solución no debía ser sencilla.

Sin embargo, es en el interior del país donde los recuerdos sobre los problemas de sintonización son más perdurables e implicarían seguramente rastrear todo un conjunto de saberes y rumores específicos: cuántos metros debía tener la antena, la influencia del clima, esto es, días en los que se podía ver y días en los que no se podía ver televisión, e inclusive técnicas específicas. Por ejemplo, Valeria, de Bolívar, Pcia. de Bs. As., recuerda unas pantallitas azules que había que colocar delante de las pantallas para que se viera mejor, y de paso no hiciera mal a la vista. Nuevamente, frente a las dificultades que significaba el ver televisión, aparecen prácticas, rumores, rebusques, que llenen o al menos completen esa carencia.¹²

12. Testimonios similares se registran en Longo, Capítulo VI de este mismo volumen. Para datos específicos de la televisión en el interior: Arabito, 1994.

La televisión se sienta en el living

Cuando la televisión por fin llega a la vida cotidiana, lo hace con hábitos que irán variando mucho en las décadas siguientes. En las entrevistas se enfatizan precisamente las diferencias: hablar de esa televisión es reconstruir otra experiencia. Y para ello se compara con la radio de entonces y con la televisión actual. Casi siempre, en torno a tres cuestiones: horario, lugar y atención requerida.

"Ni a la mañana, ni cuando se come, hay que mirar televisión", dictamina Filomena. Y con ello sintetiza muchas entrevistas. Filomena condensa en esa regla dos cuestiones: ella hablaba de lo reducido del horario durante los primeros años de la televisión, pero también de un hábito que se extiende hasta la actualidad. "Las mañanas son de la radio, las tardes y la noche de la televisión", dice Marta. Seguramente, habrá que buscar el momento en que se comienza a ver televisión de mañana, no en forma cronológica, sino generacional. Los entrevistados de más edad, insisten con que aún ahora por la mañana escuchan la radio, que se levantan y lo primero que hacen es "prender la radio". Durante los primeros años, la programación de canal 7 es bastante inestable, y el horario de comienzo de la transmisión varía en una o dos horas según el día. Sin embargo está clara la diferenciación entre programación de la semana –no necesariamente de lunes a viernes, a veces lunes y jueves o martes y viernes– y de fin de semana, con un horario más extendido. No parece casual que uno de los programas más mencionados sea el "Teleteatro para la hora del té".

En cuanto al espacio, son importantes las menciones al lugar de la casa que la televisión fue ocupando (me refiero obviamente a la etapa en que los entrevistados hablan de la televisión como parte de la rutina cotidiana y en la propia casa). Norma señala que "No era como ahora que el televisor está en la cocina prendido todo el día. Antes estaba en un lugar determinado y había una hora fija para verlo". Y cuando habla de "un lugar determinado", está diciendo que el televisor no estaba allí donde ocurría "la vida". El televisor estaba en el lugar marcado. Las palabras de Diana son claras en este sentido: "[El televisor] estaba en el comedor grande de las visitas y nosotros comíamos en el comedor diario, así que te

daban permiso en los horarios estrictos que estaba el programa que vos querías ver". Se trata, como señalamos antes, de una televisión que recorta un momento ritual: había que elegir un programa, prenderla y luego sentarse a ver. El espacio ritual juega un papel muy importante en las entrevistas, así como la autorización especial en el caso de los niños. La radio también se asocia con momentos rituales: Tarzán al volver de la escuela o el radioteatro después de cenar. Pero la diferencia es que se asocia a otras actividades simultáneas: tomar la leche, hacer los deberes, planchar, coser, cocinar, etc. La televisión requiere otra distribución espacial: todos frente a la pantalla. Pero fundamentalmente la televisión exige más atención y varias entrevistadas (todas mujeres) señalan la dificultad que les traía ver televisión mientras se hacía otra cosa. El pasaje del living a la cocina que está señalando Norma seguramente está asociado a la facilidad para la dispersión. Sería importante contrastar estos testimonios con un análisis más minucioso de los cambios en el discurso televisivo ya que resulta notable que, a la distancia, la programación de esa época es vista como "ingenua", "inocente" y menos "fantasiosa" que la de radio. Pero al mismo tiempo se señala que, en todo, la televisión exige más. La imagen "atrapa", "hipnotiza" y no permite hacer nada más al mismo tiempo. En consecuencia, ver televisión es perder el tiempo. "No me gustaba estar quieta o delante de un televisor sin hacer nada. Era perder el tiempo. Casi siempre tejía", dice Juana. La paradoja no merece demasiados comentarios.

Sin embargo, en este punto, creo que entramos en otra etapa, donde los modos del ver ya no se relacionan con un momento de la televisión, sino con culturas específicas. La cultura televisiva va adquiriendo mayor espesor y si sigue incidiendo enormemente la segmentación generacional, también empieza a pesar la extracción social y las experiencias culturales no televisivas. Porque si para Juana ver televisión es perder el tiempo, para Luis y Tina (inmigrantes de la Provincia de Santa Fe) la televisión es un lugar de aprendizaje muy valioso: "uno a través de lo que escucha o ve, va cambiando. Uno se va dando cuenta cómo tiene que ser. No se trata sólo de escuchar, sino de aprender, de corregirse. (...) cómo hablar con las demás personas. A aprender algo más de lo que uno ya sabe. (...)

cómo dirigirse a los demás, cómo hacerse respetar". Para Luis la televisión nunca puede ser sinónimo de "perder el tiempo".

Frente a Silvia, quien señala que "no le dábamos mucha importancia, creo que sobre todo porque estábamos acostumbrados a ir tres veces por semana al cine", Tina señala que "sí [había visto cine], una sola vez, en Tostado" y que cuando conoció la televisión le pareció "muy linda. Me interesaba mucho. Todo lo que daban para mí era importante. Incluso ahora mismo. Me gustó desde que la conocí. Si digo que no, miento". Para ella la imagen no menoscaba la palabra, que la atrape no es un defecto, porque obtiene mucho a cambio: "creo que si veo lo que me están contando es como si lo entendiese mejor. También me gusta escuchar la radio, pero parece que entiendo más si veo las cosas". El cuerpo, el contexto, pesan mucho en la televisión para Tina. Lo cual no quiere decir que no le permita imaginar otros mundos: "Algunas cosas que se comentan de otros lugares, de otros países. Cómo es, por ejemplo, una ciudad, cómo se la ve, cómo son sus costumbres. (...) Hay ciertas cosas que me gustan, que he llegado a pensar que podrían ser mejores que acá". Para ellos la televisión es un lugar de aprendizaje privilegiado: se aprende a hablar, a moverse, a pensar alternativas ¡a hacerse respetar! Se aprende por imitación, se entiende la gestualidad. Sirve para "conocer. Después comentás lo que viste". La televisión aquí no hipnotiza, impidiendo la acción y el diálogo, sino que funciona como disparador de la conversación y el aprendizaje.

Hemos recorrido distintos modos de apropiarse de la televisión cuando ésta todavía era un objeto extraño, en un intento por señalar algunos aspectos de ese proceso. No son más que diferentes estrategias de volverla familiar.¹³ El período sobre el que nos ocupamos, sin embargo, todavía no permite construir identidades culturales.

13. Silverstone utiliza el concepto de "domesticación" para señalar este proceso de apropiación de las tecnologías de comunicación en el ámbito doméstico. Silverstone, Hirsch y Morley (1994) especifican cuatro etapas: la apropiación (modos de acceso y posesión, que hemos señalado en la primera parte de nuestro trabajo), la objetivación (la ubicación espacial y contextualización del objeto en el ámbito doméstico), la incorporación (que presupone un proceso temporal de familiarización con el medio) y la conversión (conexión con el mundo exterior, donde intervienen los significados, los textos y las tecnologías).

Todos los entrevistados sienten más cercana la radio en aquel momento. El hecho de que los programas de este período apenas sean mencionados, es un dato que reafirma lo dicho. Tenemos que esperar la televisión de los '60 para pensar en identidades culturales ligadas a ella.

Algunos fenómenos televisivos de los últimos años nos brindarían indicios en ese sentido. Los programas de Sebastián Borenstein, el intento de Juana Molina en "Juana y sus hermanas" o los sucesivos ciclos de Alfredo Casero, son un ejemplo de la puesta en producción de identidades televisivas de una generación que nació mirando televisión. Juana Molina componía personajes a partir de una esquizofrenia producida por días enteros de ver televisión cuando de chica sus padres la habían olvidado sola en casa.¹⁴ Se trataba de un despliegue de personajes, pero también de un zapping estructurador del programa. La misma estructura que propone Casero, pero agregando también la televisión de los '60 como material constructivo de su propia televisión de hoy.

Se podría pensar a Alfredo Casero como producto del revival de los '90 que produjo fenómenos como la "Operación fideos con manteca", un grupo de músicos y actores de 25 a 30 años, que desde hace tiempo se dedica a homenajear los ídolos de su infancia. Junto al revival del tiki-taka y la colección completa de muñequitos Jack, aparecen "Titanes en el Ring", Pipo Pescador, Carlitos Balá y el Capitán Piluso. El panteón de los Fideos con manteca no sólo es ecléctico sino inclusive irritante, ya que incluye lo más sospechoso de la televisión de la dictadura al amparo de su identidad cultural. Casero, en cambio, sostiene su identidad pero sin que ello implique una valoración positiva de su parte. ¿Quién dijo que todo lo que nos constituye es bueno?

Lo que parece claro es que se trata de disputas por la memoria televisiva o la invención de tradiciones desde el presente, o la amalgama de todo en un presente que no excluye a nadie del panteón. Pero la memoria compartida del espectáculo televisivo abarca los años '60-'70 en la Argentina. Es la que se toma como referente obligado y

14. Es la misma idea de "Los Simpson" que se han vuelto amarillos por los rayos de la pantalla.

guiño de identificación.¹⁵ La televisión de los '50 no podía producir este tipo de memoria. Hay generaciones orgullosas de haber visto el "Capitán Piluso". No hay una generación de "La pandilla Marylin".¹⁶

15. En este sentido Mangone (1992) lee a Tinelli, como un "hijo de la televisión" (expresión utilizada por G. Bechelloni) que finalmente hace TV él mismo.

16. Programa infantil que era un éxito en la radio y que se emite por televisión desde los primeros años.

